

UN ÁNGULO  
ME BASTA

FERMÍN HERRERO



**A** juicio del inigualable José Pla «un hombre que después de los cuarenta años todavía lee novelas es un puro cretino». Para desmentir al fino payés, traemos a este escaparate de lecturas cuatro propuestas procedentes de latitudes lejanas: Bolivia, China, Chechenia y USA, y muy distintas entre sí. Una oportunidad única de acercarse, sin moverse del sillón de lectura, inclinados hacia los primeros visos, tibios, de la primavera, a realidades que en modo alguno conoceríamos mediante documentales ni siquiera viajando allí en plan turístico o sin guía adecuado y mucho tiempo disponible. Seguramente de ninguna otra manera que con un libro entre las manos.

Santa Cruz, Bolivia. «Inmensas gigantografías de Evo Morales saludando al pueblo, de pie en un podio, envuelto en un poncho de alpaca con los motivos tribales aimaras», en una zona del país donde se le niega la autoridad. Vitor, el protagonista de 'La desaparición del paisaje' (Periférica) de Maximiliano Barrientos vuelve a su ciudad natal tras haber andado perdido por Estados Unidos durante una docena de años. Hace diez, su padre, bastante aficionado al alcohol, murió de un infarto, mientras él deambulaba por Chicago, la ciudad de los vientos, donde conoció la nieve. Mucho antes, su madre, de cáncer fulminante. Su tío está hosco y derrotado. Su hermana, que trabaja de maestra sin serlo, muy enfadada por su huida al Norte.

A partir de ahí la narración avanza de manera suelta, eficaz, sin complicaciones ni contemplaciones: asuntos pendientes desde la adolescencia que despiertan tras el reencuentro con un compañero del instituto y de las noches en los bares de fiesta, coca, Metallica y Gun N'Roses; una incipiente relación sentimental rota al emigrar; un Ford Galaxy heredado, convertido casi, ya veremos si para siempre, en chatarra; un terrible accidente de carretera en medio de ninguna parte; la cerveza pacaña, ligera, como sin cuerpo; la grasa y la paternidad ajenas. Todo el dolor de la memoria, amontonado y sin revisar, en definitiva, que Vitor pretende reordenar, hasta un desenlace muy resolutivo, con la intención, de paso, de reconstruir, contra el peso del pasado, su vida.

Representante de una literatura brava, con un punto salvaje, corriente muy extendida entre los jóvenes narradores hispanoamericanos, la

**«Yiwu es un narrador de raza, capaz de detallar con precisión extrema lo espantoso»**

**«Como decía Flaubert la vida solo es tolerable a condición de estar fuera de ella»**

prosa de Barrientos, con un ritmo que vamos a llamar roquero a falta de mejor adjetivo -no en vano la cita inicial del libro remite a una balada de Bruce Springsteen- se ha serenado un tanto, es aquí menos urgente que en sus dos novelas publicadas hace cuatro años por Periférica: 'Hoteles' y 'Fotos tuyas cuando empiezas a envejecer', que parecían como rodadas con steadycam. Al margen, qué gozada el peculiar léxico y expresiones tan hermosas como «laburá duro», «sucedió hace hartos», «matándose a punta de trago» y tantas otras.

Penitenciaría provincial nº 3 de Sichuan, condado de Duzu, al pie del monte Daba, China. Liao Yiwu empieza a anotar en secreto hechos e ideas que, veinte años después, pese a todo tipo de obstáculos represivos, desembocarán en 'Por una canción, cien canciones' (Sexto Piso). Comienza por la historia familiar, como homenaje y elegía a su hermana mayor, muerta sin cumplir los cuarenta en un accidente de tráfico, durante la Revolución Cultural. El joven Liao se convierte en disipado poeta vanguardista, casi un vagabundo que amontona una pila de manuscritos de poemas descomunales. Uno de ellos, 'Marsa', escrito a raíz de los sucesos de Tiananmen, reproducido como conclusión del libro, y un conato de filme de aficionados, 'Réquiem', serán su perdición. Como ya vimos en 'El paseante de cadáveres', otro testimonio estrambótico sobre los desheredados y las cloacas de la China actual, L. Yiwu es un narrador de raza, capaz de detallar con precisión extrema lo espantoso, mediante una capacidad de observación y de registro del habla que asombran. Y con un estilo muy ágil: las quinientas páginas largas de sus memorias se leen con una facilidad e interés pasmosos.

Pese al espejismo del milagro económico, esta biografía clandestina, este relato notarial, nos muestra un sistema de centros de detención, lao-gai, que sigue el modelo del gulag soviético, a veces con una rara impresión de frialdad; otras, echando toda la carne y el espíritu en el asador de las palabras, aunque tal vez esta expresión no esté muy bien traída: en el capítulo 'El menú', por caso, se detallan una cuarentena de entre los 'Ciento ochenta manjares especiales de Shongsan', es decir, otras tantas formas, de lo más burdo a lo más sofisticado, de tortura, que aplicaban a los reclusos los compañeros matones de la prisión,



# El placer de contar



Fotograma de la película 'Amor bajo el espino blanco', de Zhang Yimou.

La novela, pasados los cuarenta, sigue siendo evasión y aprendizaje



#### LA DESAPARICIÓN DEL PAISAJE

Maximiliano Barrientos. *Periférica*. 272 páginas. 18,75€ euros



#### POR UNA CANCIÓN, CIENTO CANCIONES

Liao Yiwu. Sexto Piso. 536 páginas. 28 euros



#### ASÁN

Vladimir Makanin. *Acantilado*. 27 euros. 512 páginas



#### EL LIBRO DE JONAH

Joshua Max Feldman. *Libros del Asteroide*. 432 páginas. 14,99 euros

dueños de un sistema entregado a la jerarquía y a la esclavitud. Las escenas carcelarias son vividas en extremo, en crudo; fascinantes las historias que cuentan los condenados a muerte; inimaginables las miserias y humillaciones sufridas en los diversos presidios por la escoria, «las células cancerosas de la sociedad». Afuera de Grozni, Chechenia. Una remesa de quintos rusos de refresco estabulados en dos vagones de tren llega a su destino, a la guerra, borrachos como cubas olfatean el aire y el cielo del Cáucaso. Así se inicia 'Asán' (Acantilado), de Vladimir Makanin. Carne nueva, bien regada de vodka, destinada a hacerse picadillo. En el convoy hacia el cuartel los jóvenes se marean y desmadejan. Los señores de la guerra y sus secuaces acechan, emboscados. Los guerrilleros en las montañas. Veteranos de Afganistán al mando del caos. Combates en los desfileros. Fuego amigo. Secuestros y pago bajo manga de rescates. Soldados errantes y desorientados. Helicópteros fantasma al mando de pilotos intrépidos, mitificados, que pueden apoyar en cualquier momento. El trato difícil con los aborígenes. La mujer y la hija, solas en Rusia, cuidando el hogar y levantando otro secreto. Un padre jubilado, ingeniero, nostálgico del comunismo, que ama a Ajmátova. Y la muerte, siempre la muerte tras cualquier descuido, cualquier azar. La guerra por dentro, en directo, en suma, sus visceras sangrantes, corruptas, su intrínsculo, desde las heroicidades inesperadas a los trapicheos vergonzantes.

'Asán' es, pues, una inmersión total en el fragor de la batalla, de un verismo impresionante. El título alude a «la divinidad más antigua, la de raíces más hondas», al idolo anterior al islam y al cristianismo, que aún adora y teme el subconsciente de los montañeses, ahora contraseña y consigna de la guerrilla. Los capítulos, que entrelazan aspectos bélicos y domésticos, están montados como en plano secuencia, oscilan entre la primera y la tercera persona para aportar mayor dinamismo. De Barrientos conocía sus dos novelas previas, de Yiwu el documento citado, pero no había leído nada de Vladimir Makanin, salvo entrevistas sobre la situación del régimen de Putin, que sin embargo, según informa la solapa, después de una treintena de narraciones, es «considerado uno de los grandes maestros de la literatura rusa contemporánea». A tenor de esta obra tre-

pidante, de un realismo feroz trufado de novela de aventuras, que plasma con mucho dominio del lenguaje coloquial los conflictos caucásicos, tan lejanos como olvidados, no me extraña que se tenga por narrador de referencia.

Si en las tres obras anteriores subyace una violencia soterrada, a menudo explícita, 'El libro de Jonah' (Libros del Asteroide), ópera prima de Joshua Max Feldman se inclina hacia lo mundano e irónico, lo que siempre es bienvenido en estos tiempos tan indignados y ceñidos. El autor, cosmopolita, natural de la misma ciudad de donde apenas salió Emily Dickinson, que se cita a cuenta de la estrambótica judía coprotagonista, es otro narrador instintivo, también de una envidiable soltura estilística, asentada además en el matiz, porque nunca echa mano del trazo grueso o el piñón fijo.

Nueva York, estación de metro de la calle Cincuenta y nueve. Jonah, abogado de posín, ignorante de su fragilidad, «ambicioso, soltero y con novia» (más bien dos o ninguna), tecea en su iPhone camino de la fiesta de la insignificancia, en expresión afortunada de Kundera. Fuera lluvia a cántaros, con lo que decide, contra su costumbre, pegar la hebra con un judío jaidico, que le recrea la historia bíblica de su tocayo Jonás, hijo de Amitai..., que conducirá subyacente el argumento, tragado por la gran ballena americana («Conseguir más. Tener más») puesta a prueba el IIS, devoradora de almas, conciencias y seguridades, de la cordura y la integridad; si bien, hasta el desierto final, el vientre se hallará en una casa flotante de Amsterdam y Nínive en Las Vegas. Una novela, en definitiva, ligera, pero llena de verdad y muy bien escrita y trazada.

De pocos autores he aprendido más que de Pla, con pocos he disfrutado tanto. Y, además, he estado casi siempre de acuerdo con sus ideas, pero como decía aproximadamente Flaubert la vida sólo es tolerable a condición de estar siempre fuera de ella. Y qué mejor que andar en cuanto se pueda metido en ficciones ajenas, dentro de otros mundos. Para apuntalar en la medida de lo posible mis palabras recurre, al cabo, a un compañero de este mismo papel, Ignacio Sanz: «La literatura es la alegría de contar (...) Escribir es una fiesta que ayuda a recrear la vida». Y la lectura, una fiesta mayor, añadiría por mi parte, sin ánimo de enmendarle la plana a su autoridad narrativa.